



**José Borrell
Fontelles**

Presidente del
Instituto Universitario
Europeo de Florencia

Globalización y fiscalidad

La fiscalidad progresiva es uno de los recursos que se deben emplear para salir de la crisis, pero hay que hacerlo sabiendo que para una economía globalizada hay que desarrollar una fiscalidad globalizada. La crisis actual ha demostrado que el desarme fiscal promovido por la doctrina neoliberal ha causado una gran desigualdad y no ha tenido ninguna eficacia económica, ni tampoco utilidad social alguna, más allá de favorecer la acumulación de la riqueza en menos manos.



C. BARRIOS

En los últimos tiempos se ha utilizado mucho la expresión “los ricos deben pagar más” para repartir equitativamente los costes de la crisis. Al final, ninguna medida efectiva que afecte a las rentas altas y a las del capital. La confusión y las contradicciones sobre si sí o si no “los ricos” debían hacer un esfuerzo fiscal adicional, quiénes eran “los ricos” y cómo se les podía aumentar sus impuestos, han acabado en un “ahora no es el momento”, y ya se verá en la Ley de Presupuestos.

Y sin embargo, después de haber dejado crecer los déficits públicos para evitar la depresión de la economía mundial, la cuestión es ahora cómo reducir el déficit y qué hay que hacer para que la crisis no se repita.

Para ambos objetivos, la fiscalidad es sin duda un instrumento importante a utilizar. Pero hay que hacerlo sabiendo que para una economía globalizada hay que desarrollar una fiscalidad globalizada.

La globalización ha hecho que en todas partes, con gobier-

nos de derechas o de izquierdas, haya bajado la progresividad del impuesto sobre la renta, reducido o eliminado la imposición sobre el capital y las sucesiones, y disminuido la imposición sobre las sociedades.

También en España, donde al Gobierno socialista le cabe el dudoso honor de haber hecho desaparecer el impuesto sobre la renta, substituyéndolo por dos impuestos sobre dos clases de rentas sin ninguna conexión entre ellos, uno progresivo sobre las rentas del trabajo y otro proporcional con un tipo bajo sobre todas las rentas del capital, a las que se les llama eufemísticamente rentas "del ahorro" que queda

ninguna utilidad social. La avaricia sin un freno fiscal eficaz ha incitado a "los ricos" a tomar y hacer tomar unos riesgos incontrolados cuyas consecuencias han pagado los trabajadores asalariados que no pueden escapar al impuesto.

Desde un punto de vista económico, político y moral es necesario revisar el desarme fiscal impulsado por la globalización y el pensamiento neoliberal. La ocasión podría ser propicia para ello, porque los Estados endeudados parecen dispuestos a combatir los paraísos fiscales cuya existencia ha servido de excusa para reducir la progresividad del impuesto.

Desde un punto de vista económico, político y moral es necesario revisar el desarme fiscal impulsado por la globalización y el pensamiento neoliberal.

mejor. Amén de suprimir el impuesto sobre el patrimonio y de introducir deducciones o incentivos independientes del nivel de renta que, se diga lo que se diga, disminuyen la progresividad del impuesto.

El resultado es que la fiscalidad ha contribuido a escala global a aumentar las desigualdades de renta y patrimonio, como nunca había ocurrido desde el principio del siglo XX. Y todo ello en nombre de una supuesta eficacia económica y bajo la presión de la movilidad del capital que la globalización ha provocado.

La crisis ha demostrado que ese desarme fiscal y esas desigualdades crecientes no tenían ninguna eficacia económica ni nin-

Se impone una cierta prudencia para evitar que un golpe de timón demasiado brusco afecte a la débil recuperación económica. Pero no hay que creerse el discurso de los bien retribuidos voceros de "los ricos", que aseguran que cualquier incremento de la fiscalidad directa sería una amenaza para el crecimiento.

Con crisis o sin crisis, la realidad es que la globalización no ha impedido un aumento del gasto público, no solo en España o en Francia, también en el Reino Unido y en EEUU. Ese crecimiento es el resultado de una tendencia de fondo de las economías modernas. Una mayor división del trabajo, una mayor complejidad y unas mayores interdependencias las hacen más

frágiles frente a choques externos, sociales o climáticos. Los sistemas productivos necesitan más y mejores infraestructuras, seguridad física y jurídica y mano de obra bien formada y con buena salud. La intervención pública es necesaria para atender la demanda creciente de esos bienes, que tienen mucho de públicos. Y en las sociedades democráticas hay una reivindicación también creciente de protección y de equidad.

Pero el esfuerzo fiscal, necesario para financiar esas demandas, no ha seguido el mismo ritmo. Y el resultado ha sido el endeudamiento público. En vez de que "los ricos" pagasen impuestos, les hemos pedido que comprasen deuda pública y les hemos retribuido generosamente su capital. Y el fraude fiscal, socialmente tolerado, está en la base del endeudamiento que ha provocado crisis como la griega, que nos ha contagiado a todos. Si los griegos hubiesen cumplido con sus deberes fiscales nos hubiésemos ahorrado la crisis de las deudas soberanas. La erosión de las bases fiscales y la permisividad de gobiernos de derechas han provocado el aumento del *Sovereign credit* hasta unos límites que nos han llevado al *Sovereign dis-credit*.

En ese aspecto, la respuesta a la actual crisis ha sido bien diferente a la de 1929. Entonces todos los países desarrollados aplicaron una fiscalidad progresiva hasta unos extremos que hoy consideraríamos confiscatorios, como los tipos del 80 % aplicados por Roosevelt —que no era un rojo peligroso— en EEUU.

Esa política explica la fuerte

reducción de las desigualdades que se produjo después. Ahora en cambio apenas nadie osa aumentar la fiscalidad de los capitales y de las rentas altas, que se han beneficiado en los últimos 30 años del desarme fiscal propiciado por la revolución conservadora.

Y, sin embargo, la mejor manera de reducir los sueldos extravagantes y bochornosos de altos ejecutivos, banqueros y de *traders* sería añadir unos cuantos escalones más al IRPF. Para combatir la avaricia no se ha inventado nada mejor que un buen impuesto progresivo.

Esta diferente respuesta se debe en buena medida a los efectos de la globalización y del

escandaloso desarrollo de los paraísos fiscales. Pero también la construcción europea ha creado un fuerte *dumping* fiscal intraeuropeo. El retroceso de la progresividad ha sido general en toda Europa, pero especialmente en los países del Este y en otros como Irlanda, que han jugado expresamente la carta fiscal como atractivo a la deslocalización. En muchos de los nuevos Estados miembros se han aplicado impuestos *flat tax* desprovistos de toda progresividad. Y los impuestos sobre sociedades se han reducido al mínimo.

Algunas directivas europeas han intentado poner un límite a los desplazamientos del capital que esas diferencias fiscales pro-

ducían. Desde 2005 se establece una imposición mínima del 20% sobre las rentas del capital, que debe subir al 30% en el 2011. Pero la norma tiene muchos agujeros, empezando por la inexistencia de una base armonizada del impuesto de sociedades en Europa. Si ni siquiera de eso somos capaces en la UE es fácil comprender las dificultades que tiene una acción coordinada a nivel global para hacer más eficaz y justo el sistema fiscal.

Las vías de desarrollo del sistema fiscal frente a la globalización pasan por el desarrollo de una fiscalidad ecológica, especialmente relacionada con el cambio climático, por la supresión de los paraísos fiscales, por

Entra en www.fundacionsistema.com
y en www.sistemadigital.es

FUNDACION SISTEMA

el intercambio de información sobre rendimientos entre administraciones fiscales y por el establecimiento de impuestos globales para financiar la producción de bienes públicos globales y la ayuda al desarrollo.

La crisis ha traído consigo la oportunidad de avanzar en estos campos, en algunos casos de forma efectiva, aunque incompleta, mientras que en otros no hemos pasado de la retórica, o incluso con retrocesos evidentes como la retirada del impuesto sobre las emisiones de CO2 en Francia, que en su día se presentó como un acontecimiento histórico.

Es imposible en estas breves páginas describir lo que está ocurriendo en estos campos, pero algunas breves pinceladas pueden ser ilustrativas. En la UE estamos ante una oportunidad de desarrollar a escala europea un impuesto sobre el carbono que podría destinarse a financiar el desarrollo tecnológico y a reducir el coste del trabajo, dos exigencias de la supervivencia europea en la globalización. Pero no parece que la idea tenga muchos apoyos, más bien parece que algunos Estados prefieren desarrollar su propia fiscalidad climática, a unos niveles inevitablemente bajos si no se generaliza, y otros encuentran en la falta de acuerdo europeo una excusa para no hacerlo en casa.

El último Consejo Europeo parece haber avanzado en la propuesta de impuestos sobre los beneficios de los Bancos y sobre las transacciones financieras internacionales. Se propone llevar estas propuestas al consenso del G-20 en Toronto,

pero los países emergentes, con India y Brasil a la cabeza, se opondrán porque opinan que sus Bancos no tienen la culpa del estropicio que han hecho los de los países occidentales y no tienen que someterse a la misma penitencia.

En materia de lucha contra los paraísos fiscales se han hecho progresos que parecían imposibles antes de la crisis, pero estamos lejos de haber acabado con ellos. Suiza se ha rendido ante la presión de EEUU, pero Dubai está tomando el relevo de Ginebra. El G-20 desenterró el hacha de guerra contra los paraísos fiscales cuando ya fue evidente su papel en el desarrollo de la crisis financiera. Una parte muy importante del sistema financiero

Las economías modernas necesitan más y mejores infraestructuras, seguridad física y jurídica y mano de obra bien formada y con buena salud, pero para ello los Estados deben tener una fiscalidad solvente y progresiva que enjague los déficit y garantice la equidad.

“fantasma”, construido por los bancos americanos para jugar con los activos financieros complejos que provocaron la crisis, estaba basado en las islas Caimán. El endeudamiento de Northern Rock, que le llevo a la quiebra, estaba hecho desde su filial instalada en Jersey. La quiebra de Dexia es el resultado de sus operaciones en paraísos fiscales... y así seguido.

Pero la lucha contra los paraísos fiscales es una batalla de largo plazo. Pasa por la instauración de sistemas automáticos de

intercambio de información y por administraciones fiscales a la altura de la tarea. Obama ha contratado 800 inspectores fiscales más para tratar la información que el cerco a los paraísos fiscales –con el caso UBS a la cabeza– le ha proporcionado. Sin ellos esa información sería letra muerta.

Finalmente es necesario insistir en el desarrollo de impuestos globales para financiar bienes públicos globales. Sólo una fiscalidad internacional puede influir sobre los comportamientos de los especuladores y de los contaminadores, financiar la producción de bienes públicos globales y actuar como instrumento de redistribución y de ayuda al desarrollo.

La salud, la educación y la seguridad son parte de estos bienes públicos globales. La inestabilidad financiera internacional, las pandemias, la criminalidad organizada, la insuficiente difusión del saber y la de Internet, así como la degradación medioambiental sólo pueden ser tratados desde una perspectiva global.

Se trata de un campo inmenso de trabajo, pero la izquierda debería hacer de ello el objetivo fundamental de su internacionalismo. **TEMAS**